



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México



Vol. 17 No. 1

Enero de 2014

MEMORIA Y MILITANCIA EN RIESGO. LA CURA Y LA EDUCACIÓN EN ACTORES “CONTRA- HEGEMÓNICOS”

Cesar Roberto Avendaño Amador¹

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

RESUMEN

La irrupción de los estudios centrados en la memoria, que encontraron su arranque después de la segunda guerra mundial y que se expandieron por el mundo, responde a la experiencia de aquellas militancias (ideológicas, culturales, étnicas, políticas) que tenían cancelada la posibilidad de ser recuperadas por las historias oficiales. Aquí se indaga, cómo estas expresiones se encuentran en riesgo por la tentación que enfrentan sus promotores de volcarse como memorias terapéuticas o pedagógicas; seducirse con estas tendencias puede despojar de contenido político sus propósitos de hacerse presentes para sumarse a los poderes que suponen combatir.

Palabras clave: memoria, hegemonía, militancia, cura y educación.

MEMORY AND MILITANCY IN RISK. THE CURE AND EDUCATION IN ACTORS AGAINST-HEGEMONIC”.

ABSTRACT

The irruption of the studies centered in memory, which started after the World War II and were expanded around the world, answers to the experience of those militancy (ideological, cultural, ethnic, and

¹ Profesor asociado C, tiempo completo, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM. Correo electrónico: craa38@hotmail.com

politic) to which they had been canceled the possibility of being recovered by the official histories. Here we inquire how these expressions are in risk because of the temptations their sponsors are facing to transform them in therapeutic or pedagogic memories; being seduced by these trends could shed of politic content their purposes of being present to be added to the powers they are suppose to combat.

Keywords: memory, hegemony, militancy, cure and education.

Se afirma con mucha facilidad que la memoria colectiva pudiera ser un elemento fundamental para edificar colectivamente la resistencia social a prácticas gubernamentales indeseables (Tenembaum, 2003), o que con una memoria pedagógica sería incluso posible minimizar los horrores de occidente en materia de violencia planificada, desaparición forzada, genocidio y eliminación de población “prescindible” (Malusardi, 2003), estos esfuerzos sin duda aparecen en el horizonte de dos expresiones políticas que ampararon y promovieron prácticas violentas y que en no pocas ocasiones desbordaron la imaginación del horror; los régimen totalitarios y las dictaduras (Garcés, 2001; Bustillo, 1998, Todorov, 2000). El estudio de estas dos expresiones políticas permite ilustrar sus diferencias y semejanzas, pero además advertir a la población “politizada” sobre los riesgos que enfrentan y la necesidad de mantenerse en alerta por los efectos que sus políticas producen, tanto en los espacios públicos como en los íntimos. Es un hecho que todo programa de gobierno al menos pretende que los ciudadanos integren los valores del régimen a la existencia cotidiana (Arendt, 1998). Más aún se ha mostrado la continuidad que existe entre los proyectos civilizatorios impulsados por estas expresiones políticas y las expresiones ideológico-prácticas que se manifiestan en los espacios inmediatos de la vida cotidiana de las personas. Las poblaciones en general, por la vía de la representación, atribuyen la existencia de gobiernos democrático-liberales, autoritarios o totalitarios, a un hecho “natural” y no al resultado de un proceso histórico social que da cuenta de los efectos de cualquier proyecto político como una apuesta civilizatoria (Lander, 1993). De ahí que no pocas militancias procuran utilizar el campo de la memoria como herramienta para prevenir, advertir o intervenir cuando los efectos violentos de un régimen se dejan sentir sobre poblaciones en resistencia.

Así, encontramos que hay una compleja relación, entre las políticas de la memoria, promovidas y sostenidas por diversas expresiones gubernamentales y las políticas de esas “memoria que les resisten” y que se acuerpan en grupos que militan en opciones políticas que se oponen a los proyectos con pretensión hegemónica e interesados en promover lógicas de mercado, ambos campos de producción de memorias, por su carácter político, producen violencia, una desde los llamados poderes liberales (Calveiro, 2006) y otras derivadas de resistencias sociales (Cerruti y Raggio, 2004). En consecuencia indagar la relación entre memoria y militancia adquiere relevancia pero resulta un esfuerzo complejo por dos hechos; en primer lugar, por la diversidad de memorias que produce, lo que hace que se genere un estallido de sentidos sobre lo acontecido en la confrontación entre poderes promotores del estado de cosas y poderes que impugnan la fosilización social, dichos sentidos perduran y quedan fijados en las prácticas desplegadas por los militantes. Y en segundo lugar, al hecho de que algunas de estas “memorias en resistencia”, buscan socavar el carácter hegemónico de los gobiernos y de los poderes aliados al régimen, mediante acciones consideradas como parte inherente de un “programa amplio de resistencia al poder en turno”, sin mediar autocriticas que dimensionen el impacto de sus acciones sobre ellos mismos y sobre la población en general. La falta de autocrítica de las “memorias en resistencia” con frecuencia los lleva a enjuiciar otras memorias, que no coinciden con el sentido militante que imprimen a las suyas y no se percatan del lugar de indistinción de sus memorias con las memorias “oficialistas del estado” pues no pocas veces, sus memorias son incorporadas a la inercia del poder que afirman combatir. De ahí que la descalificación de memorias percibidas como “desviadas” forma parte, no solo de la inexistencia de crítica hacia las acciones propias, sino que forma parte de la consolidación de poderes al interior de los productores de memoria que dicen combatir poderes hegemónicos.

Es por ello que en una primera aproximación, la diversificación de las memorias-militantes en resistencia y la falta de autocrítica parece ser resultado de huecos en sus perspectivas históricas, sobre todo de quienes aún no se han percatado que el mundo bipolar dejó el sitio que ocupó durante buena parte del siglo XX a otros poderes que hoy se encuentran en plena expansión. Desde la década de los 90's, era claro que quedaba

atrás la confrontación Este-Oeste, la lucha entre capitalistas y comunistas se presentaba carenciada para dar cuenta de lo que ocurría en los mundos sociales y en las geopolíticas globalizadoras que cambiaron el mundo después de la disolución de la apuesta por el socialismo. La confrontación bipolar presenció su fin, con la disolución del bloque socialista desde fines de los 80's lo que dio lugar a la emergencia de novedosas confrontaciones y con ello a la exigencia de elaborar otras comprensiones que superen lo que se decía en el contexto de la disputa bipolar, hoy resulta ineludible renovar nuestros modos de abordar el campo de la memoria si no se quiere correr el riesgo de caer en reducciones que oscurecen la comprensión (De Toledo, 2009).

Pero no solo la confrontación de dos poderes fue puesta entre signos de interrogación, también el papel que juegan los Estados-Nacionales, debido a que los márgenes de movilidad que tienen los personajes que encarnan la representación popular y maniobran al interior de los Estados están cada vez más acotada por el papel que juegan en la acumulación del capital los servicios financieros, militares, comerciales y comunicacionales, los cuales no se encuentran controlados por los Estados, sino por el mercado (Calveiro, 2006, 2012).

Las nuevas expresiones sociales que se confrontan con los poderes con pretensión hegemónica son plurales, heterogéneas y por ello diversas, ello dificulta agruparlas bajo un reducido marco conceptual, pero ellas mismas tienen dificultad para articularse en un programa compartido para enfrentar al poder hegemónico. Al parecer en el mundo académico, hay más coincidencias para decir qué es el poder hegemónico, pero las divergencias parecen ser de un orden mayor al momento de querer aprehender, por la vía conceptual, lo que son los esfuerzos contra hegemónicos. Esta dificultad parece fortalecer la sensación de derrota frente a un poder que se instala en los lugares más insospechados desde la comodidad que proporciona el conocimiento de saber de qué poder se trata y cuáles son sus programas a corto y largo plazo, en contraste con la ambigüedad mostrada por quienes generan conocimiento para fortalecer las posiciones contra hegemónicas.

Si aceptamos que la memoria se ha integrado como parte de la disputa entre los poderes como aseguran ciertas militancias y hay que hacer uso de ella para confrontarse con las expresiones hegemónicas que invaden la vida social, necesitamos

obligarnos a poner por delante una lectura crítica que muestre las carencias contenidas en los modos que adquiere un cierto tipo de memoria militante al momento de su formalización, por parte de algunos grupos que se ubican como “contra hegemónicos” y preguntarnos hasta dónde son subsumidos por la ideología dominante. No resulta extraño que al convertir la memoria en un campo donde se dirimen pugnas que hacen eco de la confrontación bipolar ya superada y utilizarla para identificar a los “enemigos” que operan en el mundo globalizado con nuevos rostros y nuevas inercias, también aparezcan integrados a esta disputa elementos que disuelven la capacidad contra hegemónica hasta sumar a un estado de indistinción la “lucha contra las hegemonías” a las lógicas del mercado que se dice combatir, de ahí que hoy resulte problemático negarnos a aceptar la capacidad que ha tenido el mercado para usufructuar como productos a la venta; desaparecidos, masacrados, torturados, revolucionarios, rebeldes, así como la oferta turística para conocer sitios emblemáticos del turismo revolucionario, al final la memoria-militante revolucionaria, aunque no se quiera, ha participado en el fortalecimiento del mercado de ciertas buenas conciencias neoliberales (Zizek, 2011).

Por ello considero que en la memoria hay disputa de poderes, de identidades locales, de futuro, pero sobre todo hay una disputa por la formación de sujetos políticos. Mi interés es mostrar como cierto tipo de memoria-militante, aquella que al quedar atrapada en la urgencia de las tareas por realizar en la inmediatez, produce sujetos en permanente riesgo de quedar huérfanos de perspectiva histórica, apolíticos y militantes de una memoria que resulta inofensiva por su incapacidad transformadora. Lo que sostengo es que esas memorias que pueden ser calificadas de pedagógicas y terapéuticas despojan a la “memoria política” de su lugar, se colocan ellas como alternativa, es decir son una memoria políticamente orientada a educar y sanar.

Los lugares comunes.

La visión de un nuevo hombre que potencialmente podría habitar la faz de la tierra, en sustitución del que producía el capitalismo en el siglo XIX y posteriormente el que está produciendo el neoliberalismo, mantiene vivos los imaginarios de los grupos que luchan todavía por lograrlo. Hoy, continúa en la agenda política de grupos en resistencia al neoliberalismo, la posibilidad de edificar un “nuevo mundo” habitado por

seres renovados y posible de concretarse en un futuro inmediato. En la realización de estas expectativas de vida colectiva, trabajaron todos los proyectos sociales que irrumpieron en el escenario de la modernidad. Cargaron con sus diferencias y se esforzaron por el logro de mejores formas de socialización, la disputa “moderna” por imponer el mejor modelo para la coexistencia de colectividades y que además resolviera de una vez por todas los “reclamos” sociales, raciales, étnicos y económicos inicio en la segunda mitad del siglo XIX y se sostuvo hasta finales del XX. En esta disputa no fueron pocos los proyectos sociales que el liberalismo arrebató a los grupos de izquierda, para integrarlos a sus programas políticos, la decisión los llevo a tener logros inimaginados por sus creadores (Zaretzky, 1976). Aparentemente las disputas, tal como fueron conocidas en el lapso de tiempo que duro la bipolaridad, modificaron sus formas y contenidos, se dice que ahora tanto las lógicas hegemónicas como las contra hegemónicas se encuentran en el rediseño de sus estrategias para las confrontaciones que corren y las que vendrán en un futuro próximo. De lo señalado derivo que hace falta repensar la presencia que adquiere la llamada democracia como la supuesta “mejor” solución en para la convivencia social, pienso que efectivamente se dio por concluida la confrontación bipolar, pero las dictaduras y los totalitarismos han trasladado su presencia, de los Estados-Nación pasaron a habitar las relaciones sociales que se producen en las instituciones con tradición “democrática” y en las corporaciones multinacionales pero se les disimula de manera magistral, asunto que exige una discusión amplia pero que no será abordado aquí.

Regreso a la idea del nuevo hombre, el contexto en el que aparece el esfuerzo por impulsarlo, indica que el horizonte de que el mundo fuera distinto fue sostenido por todos los proyectos sociales que ensayaron una cierta confianza, en la idea de que el nuevo hombre sería forjado mediante dos prácticas sociales, sobre las que se depositaron expectativas por su eficacia para coadyuvar a la irrupción de la novedad de vida, me refiero a las prácticas pedagógica y terapéutica, su irrupción como herramientas para atender las demandas sociales produjeron un exceso de confianza que se ha visto valorada en distintos momentos. De sus efectos históricos dan cuenta diversos documentos en los que es posible dimensionar sus derivas sociales, las que nos interesan aquí son las que han logrado penetrar en el pensamiento ordinario y que

es posible reducir a las ideas generalizadas de que a) los hombres mejoran sus relaciones sociales y comprenden mejor los problemas que enfrenta la sociedad en su conjunto, si son sometidos a la “educación” y b) la violencia que se vive en nuestras sociedades es resultado de estados insanos, hombres y grupos sociales padecen enfermedades que provocan un hambre desmedida por la ganancia fácil, sin importar las afectaciones que producen socialmente. De estas ideas se desprenden representaciones que invaden el mundo social, no es difícil identificar que su origen se edificó en el mundo académico que también ha producido en abundancia militancias políticas dedicadas al estudio de la memoria.

La práctica didáctica y terapéutica se han vuelto moneda común. Común también resulta, que se les considere herramientas que despliegan saber sintético que aparentemente convence hasta a los pensadores más “serios” que gozan de fama en el medio cultural. Hoy día son comunes las consignas entre historiadores con sesgo didáctico nos recuerda González (1980), su presencia se deja sentir mediante consignas que se repiten como si la magia de su enunciación exorcizara aquello que pretende combatir, entre las que se cuentan; “los pueblos que desconocen su historia están condenados a repetirla” (Santayana), “la historia es maestra de la vida” (cicerón), “el saber histórico prepara para el gobierno de los estados” (Polibio) “los historiadores refieren con detalle ciertos acontecimientos para que la posteridad pueda aprovecharlos como ejemplos en idénticas circunstancias” (Maquiavelo), “quienes no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo” (Ortega). Pero también el quehacer historiográfico tiene un cierto carácter terapéutico al repetir que; “las historias nos muestran cómo los hombres viciosos acaban mal y a los buenos les va bien (Eneas Silvio), o que “la recordación de algunos acaeceres históricos puede ser fermento revolucionario” (Chesneaux).

¿Qué se enseña con la historia y qué se cura? Sin duda no existe una respuesta única, pues podemos señalar las que apuntan al hecho de que la enseñanza de la historia se dirige a la aceptación de que es útil para los grupos de poder, hasta su empleo para proveer terapéuticamente de identidad a naciones enteras, no abundo más.

El mismo destino han tenido los estudios de la memoria, contienen una orientación didáctica al pretender ofrecerle al presente la inteligibilidad del pasado personal y colectivo (Hyussen, 2002), alentar la disidencia en la medida que lo que se recuerda son las acciones despóticas de los estados (Lorenz, 2005), favorecer la cohesión e identidad de las sociabilidades politizadas (Portelli, 2003), o bien para insertar a individuos en la lucha de grupos (o propiciar su expulsión si fuera el caso) (Vezetti, 2007). Además, los estudios de la memoria han pretendido jugar con el ingrediente terapéutico al inclinar la balanza sobre la necesidad de recuperar la memoria para acompañar a las “víctimas” en el proceso reparatorio (Vecchioli, 2013), lo que hace a la aproximación cómplice de la tendencia a psicologizar problemas predominantemente sociales atribuyéndoles una carga clínica significativa, se afirma con una contundencia que da lugar a sospechas que “la memoria es una lucha contra el olvido” como si el olvido fuese una enfermedad que incapacita y por lo tanto una enfermedad que habría que combatir si no se quiere correr el riesgo de dejar la huella del “trauma” de guerra (Jaume, 2000), así el investigador de la memoria se orienta para producir conocimiento sobre un estado clínico, el trauma como enfermedad infringida intencionalmente por los poderes que ejercen violencia.

En este escenario de producción de saberes sobre la memoria me parece lícito interrogar ¿cómo es que se ha edificado la fuerza del sentido pedagógico y terapéutico en muchas de las prácticas sociales en occidente, sin que los estudios de la memoria, generados por especialistas militantes se abstraigan de esta inercia? En adelante esbozo apenas posibles pistas a seguir.

La tendencia pedagógica.

Por el proceso que siguió la educación en el mundo, no sorprende que a inicios del siglo XXI se da como un hecho que todos los ciudadanos deben pasar por el espacio escolar, la instrucción escolar generalizada a todos los ciudadanos por parte de instituciones gubernamentales, justifica la idea que el sentido común trasmite de que las desviaciones en la vida pueden ser atribuibles a “deficiencias educativas”, así que un modo con el que enfrentan los profesionales de la salud, los humanistas y aún los profesionales de las ciencias duras y naturales las demandas, problemas y conflictos

sociales, es mediante estrategias alternas para “reparar” lo que el espacio escolar no logró. El asunto puede plantearse del siguiente modo, ¿por qué buena parte de las respuestas que los profesionales y expertos ofrecen cuando se les presentan problemas sociales pasan por el mundo de la educación? Es decir suponen que los problemas existen porque los grupos sociales son analfabetas y en consecuencia “no saben y habría que enseñarles”, inevitablemente plantear el asunto de este modo nos lleva a relacionarnos con todos los entramados sociales, no puede ser de otra manera en la medida que los esfuerzos que se hicieron en el pasado por producir “sujetos conscientes” que atendieran los rezagos sociales mediante la educación, entro en crisis (Pliego, Guevara, Pescado y González, 1984).²

Preguntar sobre las características que tiene la orientación pedagógica con la que muchos estudiosos de la memoria producen conocimiento, en el entendido que algunas de estas memorias se producen por militantes políticos que sostienen una posición ideológica e interrogar sobre sus momentos fundacionales y por los actores que han estado al frente de los diversos proyectos de recuperación de memoria, entre otras cuestiones, supone también incluir a la sociedad y en consecuencia considerar también los mecanismos que movilizan y *hacen que funcione* el interés por “recuperar memoria”. Se espera que la sociedad en su conjunto “se percate de que...” y “tome las medidas necesarias para que no vuelva a ocurrir...” En suma, se trata de interrogar sobre el tipo de relación que se espera entre los opositores y defensores de los discursos-práctico hegemónicos, de modo que la relación entre memoria y vocación pedagógica, adquiere un matiz distinto y exige resaltar cuestionamientos pocas veces aceptados o propiciados, por el solo hecho de que el espacio pedagógico es también botín de la confrontación (Sotelo, 2000).

Se entiende que en sociedades plurales se ha empleado la educación, con toda la tecnología que la pedagogía exige para uniformar el pensamiento de la población. En esos escenarios se han gestado iniciativas que han derivado en estudios de memoria que se caracterizan por desviarse de las versiones oficiales y que responden a la

² El tema de los sujetos conscientes que tanto ocupó a educadores, pedagogos y psicólogos con orientación marxista, entro en crisis al mismo tiempo que lo hacían los Estados Nacionales latinoamericanos con el desgaste político de su vocación autoritaria. Diversos grupos latinoamericanos han sostenido movimientos políticos que no han cesado de producir cambios estructurales en todos los espacios sociales.

necesidad de grupos políticos violentados en sus derechos, se esfuerzan por recuperar espacios simbólicos secuestrados por los Estados o las corporaciones internacionales. Estos grupos de ningún modo son homogéneos, pues despliegan prácticas diversas para enfrentar políticas totalitarias y autoritarias, de ahí vale preguntarse ¿quién tiene el título de propiedad sobre la memoria, el silencio, el olvido y los modos en los que deberían recomponerse las relaciones sociales? En el pasado reciente, los estudios disidentes de la producción estatal sobre la memoria, fueron acuñados por los juicios de valor que se desprendieron de militancias políticas que en el proceso se ocuparon en derrotar a otras expresiones que consideraban “riesgosas”, de modo que simultáneamente también se edificaron memorias excluidas y borradas en un intento de darles carácter de inexistentes. Lo que aparece como énfasis pedagógico y no pocas veces como consigna, es síntesis de una confrontación al interior de los grupos disidentes que fueron violentados por el Estado y que emprendieron una lucha interna por edificar una “versión oficial de la disidencia” en su esfuerzo por dar cuenta de lo ocurrido. En esa lucha no pocos grupos fueron relegados al silencio o al olvido como un mecanismo pedagógico para perpetuar lecturas bipolares que por la vía de los hechos se ocuparon en condenar a los disidentes derrotados al plano gris de la inexistencia pública (Alvarado, Avendaño, et. al. 2012).

Ante las dificultades para detenerme en el análisis de silenciar, olvidar y borrar a los grupos vencidos entre los productores de memoria militante, dejo apuntado que entre ellos también opera la borradura, el silencio y el olvido y procedo a señalar y comentar algunas interrogantes que pueden derivarse de la práctica pedagógica empleada para buscar imponer una versión sobre las otras, además de comentar su utilización como estrategia de resistencia e identidad. Aclaro que no hay pretensiones de resolver los problemas que se enunciaran, antes al contrario, se profundiza la problematización mediante el señalamiento de obstáculos comprensivos para el análisis crítico de la producción pedagógica de memorias militantes.

1. Algunas cuestiones generales. La pedagogía ha sido parte del proyecto occidental y no debe olvidarse que su presencia obedece a políticas hegemónicas de poderes diversos (religiosos, políticos, económicos, culturales), forma parte de

iniciativas conquistadoras, de modo que una pedagogía que se piensa solo como correctiva impide dimensionar su presencia y alcance en las prácticas más inmediatas de las personas y los grupos organizados. En este sentido es que interrogo si ¿es posible recluir la práctica pedagógica al mundo de la representación, sin que colectivamente se genere la posibilidad de conceptualizarlo como una herramienta que debe ser pensada, proyectada e insertada en una estrategia contra-hegemónica? ¿Acaso no hay otras formas de dimensionar sus efectos formativos? ¿Debemos conformarnos con el uso que se le da para dar forma a normas, creencias y sentimientos, como lo sugiere la perspectiva funcionalista? (Durkheim, 1976).

Podemos pensar el lugar de la pedagogía desde categorías marxistas y colocar en perspectiva sus señalamientos sobre el quehacer pedagógico, la teoría afirma que es parte del modo de producción capitalista y corresponde al trabajo intelectual que se distingue del trabajo manual, pero también en su ejercicio se distinguen los modos clasistas de educación, en tanto es desigual para todas las clases sociales. Fomenta la división social del trabajo, las relaciones hombre-máquina, hombre-producción, conciencia-trabajo, al tiempo que sugiere la posibilidad de superar las relaciones sociales de producción existente mediante programas educativos (González Rivera y Guillermo y Torres, 1981).

Desde este horizonte, se puede afirmar que las declaraciones derivadas de teorías generales de la realidad tienen sus propias certezas, pero chocan con las prácticas sociales cuando se interroga directamente a quienes militan en posiciones políticas específicas a la hora de producir saberes en torno a la memoria ¿qué tipo de hombre se edifica con la memoria militante defendida? ¿Qué características exige? ¿Quiénes pueden formar parte de esta militancia? ¿Quiénes poseen mayor conciencia y pueden orientar a los demás? Si los modos de producción determinan los modelos pedagógicos ¿habrá posibilidad de proponer modelos que escapen a esta determinación? Las respuesta pueden tener salidas creativas si apelamos a las teorías sociales queeman de los teóricos marxistas en lugar de instalarnos en las afirmaciones dogmáticas. Pese a esta sugestiva posibilidad queda aún en suspenso una cuestión central ¿hasta dónde la intervención de pedagogías en el campo de la militancia política puede modificar la posición de la memoria producida por sujetos individuales y

colectivos? Y todavía queda la cuestión de esclarecer si la práctica cotidiana de una pedagogía militante, en el terreno de la memoria, puede producir espacios formativos de transformación que nos acerquen a la idea del hombre nuevo. Lo que al momento se revela, es más bien una memoria militante sostenida en el terreno de las distinciones, las separaciones y la denostación de las memorias que trabajan desde un plano de acercamientos sociales orientados a la comprensión y acuerdo entre los actores sociales históricamente concebidos como enemigos.

2. Hay una cantidad de procesos sociales, aparentemente imperceptibles que dan forma a los acercamientos y negociaciones entre los grupos enfrentados, dichos procesos son apenas reconocidos e indagados por los intelectuales que teorizan sobre la memoria, me refiero a la irrupción de nuevas mentalidades, la emergencia de nuevos grupos sociales todavía indefinidos y el desgaste e irrupción de nuevas formas de relación intersubjetiva, todos estos procesos se encuentran insertos en una rica tradición histórica, recuperada en las prácticas sociales aunque no de manera sistemática. Dichos procesos interpelan de manera permanente a los actores que son fuente de memoria, irrumpen en sus existencias reformulando de manera permanente los sentidos que le otorgan a sus narraciones, son espacios formativos que sin tener una orientación pedagógica, participan en la formación de nuevos sentidos que se ponen en juego para reafirmar o trastocar el sentido político de las memorias elaboradas en el pasado, pero puestas en cuestión en el presente de manera insistente.

En la medida que las memorias militantes son resultado de hechos violentos del pasado, los procesos a los que nos referimos en el párrafo anterior, mantienen vivo el debate en asuntos delicados por los efectos que tiene en el terreno afectivo, trastocan emocionalmente a quienes de manera simultánea son fuente de memoria al tiempo que producen memoria-militante. Temas como; perdón, olvido, reparación de daños causados, reconciliación, reencuentro y justicia se mantienen como asuntos abiertos al “debate”, aunque cargados de afectividad en la medida que resulta complejo colocarlos en el mismo lugar y otorgarles la misma prioridad (Ricoeur, 2000). Aquí, los procesos sociales juegan un papel determinante y las pedagogías sostenidas por los productores de memorias militantes muestran sus carencias ¿qué se puede afirmar en este escenario de las esperanzas de los actores? (Desroche, 1976), ¿qué de las

expectativas generadas por los avances en la técnica, la ciencia y sus efectos sobre la civilidad? (Cox, 1968), ¿qué decir del menospicio que las nuevas generaciones muestran hacia las luchas del pasado, sus monumentos y centros memoriales? (Lipovetsky, 2006), en estos escenarios emergentes las pedagogías militantes devienen en instancias instituidas por los grupos en resistencia, con lenguajes huecos que no dicen gran cosa a los nuevos modelos de sociabilidad.

Los grupos emergentes que menosprecian los memoriales, los museos de la memoria, las memorias sacralizadas y los eventos donde se recrean litúrgicamente los hechos del pasado, no pueden simplemente ser calificados de ignorantes o analfabetas por desconocer la historia local o nacional, al parecer las memorias colectivas reivindicadas no les dicen nada y sin embargo se les debe reconocer como interlocutores necesarios, para repensar el lugar de las vocaciones pedagógicas sostenidas desde las memorias militantes. Quienes producen memoria no pueden hacer a un lado estas generaciones distantes de las memorias sacralizadas, pues son las que están ocupando los nuevos escenarios de interlocución entre poderes. Si la *diferencia* ha sido la mojonera que ha orientado la resistencia de las memorias militantes y el desprecio y la actitud “tolerante” de los poderes hegemónicos hacia una diversidad de grupos disidentes que afirman y ponderan las *semejanzas*, ¿en qué momento se ponderará una estrategia pedagógica que ponga el acento en las *semejanzas* de los grupos contra hegemónicos y no en las *diferencias*?

3. La idea de que es posible enseñar a quienes están lejos de las memorias militantes, es el supuesto que orienta la tarea de producir memoria, no sólo porque le confirma a los militantes que son distintos a la población que no se ocupa de estas tareas, sino porque además les confirma que su práctica-militante “contiene semillas” para la solución de los problemas sociales (Cordova, 1980).

De esta idea, es posible pensar una relación que configura la inercia y subversión en la producción de memoria, en tanto lo producido apela fundamentalmente a la condición grupal-personal de los militantes que se colocan en condición de maestros que enseñan, a quienes se integran para colaborar en las tareas de producir memoria militante. Desde ese lugar no resulta extraordinario presenciar la enunciación de

enseñanzas que trasmiten “asuntos que vale la pena rememorar”, otros que deben olvidarse y también algunos más que deben silenciarse. Recuerdo, olvido y silencio propician distanciamiento, tensión y traición a los propósitos estratégicos que supone la recuperación de la memoria. De ahí que distancia, tensión y traición producen crisis pues solo pueden operar como dispositivos efectivos en la medida que se incluye la vigilancia para evitar los desvíos de la “verdadera memoria-militante”, por lo que la respuesta a la pregunta ¿cuánto de lo que se enuncia como recuperación de memoria es mera consigna?, resulta no solo necesaria sino reveladora del efecto que la vocación pedagógica produce al interior del grupo. Por ejemplo, una memoria cuya consigna sea “ni perdón ni olvido”, no puede negar que genera experiencias relevantes de memorias enfrentadas, por lo que el proceso de recuperación de “lo ocurrido” incluye olvidos e ignora, en aras de las formalidades, datos “incómodos” que pueden trastocar a la “verdadera memoria” por lo que silencian ciertas producciones de memoria-militante incomoda.

Sostener la vocación pedagógica en la producción de memoria militante obliga en consecuencia a organizar la trasmisión de la memoria desde un modo de vinculación jerárquica, el control y la dirección se hacen necesarios para evadir las disidencias pero con ello se promueven inercias y subversiones que hay que sortear para mantener en operación los propósitos de la “recuperación de la memoria”. La vocación de enseñar entonces, provoca prácticas prescriptivas vinculadas a modos de entender la “recuperación y trasmisión” de lo memorable, lo que propicia relaciones que tienden a la verticalidad en sus formas, aunque no necesariamente en sus intenciones. Parece muy atractivo para las memorias militantes orientadas a la enseñanza, reiterar su vocación cerrada y auto contenida, es decir, no permitir generar formas de auto corrección ni de mediación ante *la interpelación externa* que cuestiona los modos o los contenidos de memoria militante en la medida que resulta riesgosa para los equilibrios internos.

La dinámica cerrada y auto-contenida de estos grupos, parece exigir que la posición de los destinatarios sea vigilada de cerca, pues hay una reiteración en la creencia de que los espacios de memoria militante contienen “enunciados de verdad” incuestionables y de ahí la vigilancia. Creyentes de esta posición, no solo los productores de memoria militante sino sus consumidores, participan en las actividades

propuestas para mantener “viva la memoria” a la espera de encontrar rutas, formas, caminos, prácticas e información que les confirme su buena vocación para enseñar o su buena actuación como aprendices.

La valoración que de sí mismos hacen los productores de memoria militante con tendencia pedagógica, facilita la irrupción de formas prescriptivas de actuación, las cuales se derivan del entendimiento que tienen de la memoria que debe ser reivindicada y sustentada. Así que la lógica, tanto en la producción de memoria como de la enseñanza, contempla soluciones a las carencias que se manifiesten durante el proceso y a las tareas que exige la enseñanza para corroborar que la producción de memoria militante se ha realizado correctamente. Estos elementos, sostienen una doble práctica al traducir sus políticas de memoria para un público amplio, y de modo particular con el tipo de memoria que reivindican, así como su efecto en la condición personal al instituir a los productores de memoria como guías para la acción. En efecto, se prescribe, pero no necesariamente lo que fue reivindicado por los sujetos que son motivo de creación de memoria militante. Esto que ya hemos documentado (Avendaño, Alvarado, 2012), apunta al carácter prescriptivo que se genera desde los saberes personales que se imponen como memoria oficial y que debe ser reproducida por los “productores de memoria militante” que presuponen resistencia contra las lógicas hegemónicas en sus contenidos. Aunque indagado, hace falta sistematizar y ordenar la información si se quiere proporcionar conclusiones preliminares en torno a características precisas del impacto de la producción de memoria militante, pues es relativamente obvio el perfil de la militancia y las estrategias que emplean para trasmitir su memoria. Se trata en todo caso de clarificar la relación entre logros, procedimientos y contenidos de la memoria militante producida, su sistematización abre posibles señalamientos críticos útiles para enfatizar las fortalezas y para señalar las debilidades. Se trata en todo caso de poner en cuestión las formas de dar cuenta de una memoria que se transmite como si los actores a los que se hace referencia no hubiesen tenido razones por las cuales se enfrentaron a diversos poderes, entre ellos al Estado represor, el esfuerzo que propongo apuesta por derribar creencias falsas en la política sostenida por una pedagogía que subvierte el sentido de la lucha de los personajes recordados y promueven con sus prácticas de reconstrucción de memoria una

sistemática negación de los propósitos que sostuvieron aquellos que fueron o bien desaparecidos, sufrieron violencia planificada o fueron eliminados por ser prescindibles.

No considero que sea menor el problema que plantea la valoración de los logros de la memoria-militante, tanto dentro como fuera de los grupos que la sostienen, pues lo que presumen como “logros” no parece distanciarse demasiado de las acciones que realizan por su parte los operadores del neo-liberalismo, al cual afirman combatir; ambos eligen qué memoria recuperar, qué datos olvidar, qué personajes silenciar, se me puede responder a este señalamiento diciendo que no tienen ni la misma fuerza, ni la misma capacidad para producir memoria, hay razón en ello pero no dejo de pensar en las semejanzas cuando se produce memoria militante. Estoy convencido que un debate sobre este asunto no puede hacerse con discusiones montadas desde la “opinión” de los actores o de quienes dicen compartir su lucha, sus juicios tienen un valor acotado por los alcances que tiene su percepción para darse cuenta del efecto que tiene lo que ellos mismos producen como memoria sobre sus luchas. Aquí, es fundamental integrar las consideraciones críticas que se derivan de conclusiones derivadas de estudios procesuales, es decir sumar a la discusión los razonamientos que sostienen que la concepción que se edifica desde la memoria militante es resultado de procesos sociales y por ello, lo que se dice, lo que se hace, los modos en los que se ha conformado la memoria militante, los lugares desde los cuales recupera datos, el contenido y las formas que adquiere la producción de memoria desde la militancia, se encuentra determinada por los elementos que intervienen en el proceso y para su comprensión se requiere aprehender no solo los lugares de inicio, sino además los lugares de llegada cuando se produce memoria (Arfuch, 2010).

No se trata de menospreciar a los productores de memoria militante, han jugado un papel fundamental en las ideas que tenemos de las sociedades que habitan Latinoamérica, pero más allá de cuestiones ambiguas sostenidas desde experiencias tales como “informamos qué es la desaparición forzada y los vecinos entendieron”, “cambiamos el nombre de la calle y nos lo agradecieron”, “se han integrado más personas a nuestro movimiento” o “les enseñamos porqué nuestro camino no es ni el perdón ni el olvido”, se encuentra la permanente reflexión sobre los modos en los que edifica la identidad de los grupos en resistencias que se ponen al servicio de la

transformación social, difícilmente puede asumirse que el mejor camino es la auto complacencia por lo logrado, evidentemente hay problemáticas por enfrentar y ello requiere claridad en las tareas inmediatas que se deben asumir. Por ello, no dejo de pensar que cierta memoria pedagógica potencialmente puede incidir en la construcción de una civilidad que privilegie el acuerdo antes que las soluciones violentas, pero además, estoy convencido que provee perspectiva política a quienes la asumen con seriedad. De otro lado hay un riesgo en esa memoria pedagógica, la tentación de naturalizar a los actores en dualidades que de ningún modo ayudan a su comprensión, no hay buenos contra malos, o revolucionarios enfrentando a contra revolucionarios, tampoco Estado con una pureza en su calificación (terrorista, represor, asesino) u opositores sobrepolitizados, esos modos de operar la pedagogía derivan en colectividades ideologizadas o al menos alentadas en su imaginación mitológica.

La vocación terapéutica.

Si la tarea de enseñar se asume como algo inmediato de atender, la de curar se proyecta como una tarea necesaria e impostergable, hay una urgencia por intervenir sobre los cuerpos afectados por un poder empeñado en infringir daño o permitirlo. Los cuerpos afectados por la violencia son clara prueba del poder ejercido, requieren atención y cuidado y se dice que no debe posponerse su atención, son “cuerpos sufrientes”, “enfermos”, “maltratados” por un poder que no contempla en su horizonte de actuación rasgos de humanidad, de ahí que desata violencia sobre quienes manifiestan síntomas de insumisión (Barudy, Basaglia et. al. 1980).

En sociedades conquistadas y luego sometidas violentamente, el cuerpo dañado resulta una razón suficiente para utilizarlo como vía del reclamo colectivo al poder hegemónico, en él descansan y se desprenden síntesis de “resistencia heroica” elaborada y mediatizada por la producción de memoria-militante, al tiempo que se le emplea para edificar prácticas sociales que corroboran el estado de salud en el que se encuentra el futuro colectivo. Los cuerpos afectados por los poderes, son pretexto para desatar las iras colectivas, pero también dan espacio para la admiración de los cuerpos “enfermos en resistencia” y propician la acumulación de un hartazgo colectivo que

termina “ocupando” o “recuperando” las calles para hacer público su desprecio y oposición a las formas instituidas por el poder para someter los desvíos y oposiciones.

Mediante la memoria-militante se sintetizan interpretaciones sobre la capacidad de las sociedades democrático-modernas para enfermar, se recrean las historias de dolor infringido, torturas, persecuciones físicas y morales, desapariciones que producen fantasmas que habitan los espacios íntimos de familiares despojados de su presencia y alientan la producción biográfica en las organizaciones políticas que luchan porque la desaparición, la persecución, el acoso político “no vuelva a ocurrir”. Estas producciones de memoria militante se han convertido en asunto de especialistas, algunos de ellos vinculados familiarmente con los afectados y pese a su carácter “disciplinario”, no deja de ser un territorio especialmente sensible en la medida que se coloca por delante, una especie de actitud patrimonial cuando se afirma “saber de qué se trata” la violencia a diferencia de quienes no han sido sometidos a experiencias similares.

Esta pretensión de “saber de qué se trata” produce distintas memorias-militantes, las cuales se insertan en una especie de batalla en donde el botín es el reconocimiento público de que se posee el saber “verdadero” sobre lo acontecido y con ello una ganancia extra, exhibirse como el propietario del saber, primero sobre lo acontecido y luego sobre los modos de sanar los daños infringidos por los poderes. Así, las imágenes que se construyen alrededor del cuerpo son manifestación de memorias militantes que buscan hacerse presentes en los imaginarios sociales en su esfuerzo por curar.

Memoria militante instalada en la imaginación colectiva se transforma en ciencia curativa, entendida como herramienta para sanar a quienes logran sobrevivir de entre los escombros que deja a su paso la violencia ejercida por los poderes. Ciencia que produce técnica cuyo empleo advierte que en el cuerpo existe la capacidad de desplegar síntomas de dolor, perdida, sufrimiento físico y psíquico. Saber curativo que declara la existencia de cuerpos con órganos conduciendo y contenido no solo su vínculo con su mismidad sino, además, historias irreductibles al anecdotario o a libretos cortos de encuentros y desencuentros con personajes que escenifican al violento y al violentado, sumado a los desenlaces que se instalan y encuentran cause en el síntoma

de reconocer que al final lo que nos queda, son cuerpos que cargan las patologías heredadas de momentos donde lo siniestro instaló su reinado.

Será que en esta memoria-militante hay determinismos expresados en teoría y técnica curativa con los que pretenden enfrentar la indeterminación necia de una realidad social que se empeña en interrogarlos sobre los límites y sesgos de sus memorias. Las indeterminaciones sociales se hacen presentes en todos los grupos, incluidos los que resisten poderes hegemónicos. Se introducen y se instalan en las prácticas cotidianas, además de eludir las trampas puestas desde la memoria-militante, para acotar y evadir las posibles alteraciones a sus comprensiones normalizadas de la curación de cuerpos violentados.

Pero las determinaciones se actualizan, sería ingenuo pensar lo contrario, junto a la recreación de los usos dados a los cuerpos violentados. Se anuncian nuevas fórmulas para preservar la salud en el contexto de los estragos causados a partir del daño derivado del ejercicio de la violencia y nuevas percepciones sociales se edifican en torno a las “víctimas del neoliberalismo violento”. Bajo nuevas condiciones, las memorias-militantes dicen su palabra. Ayer a nombre de los cuerpos torturados, perseguidos, desaparecidos, lapidados hoy en nombre de los familiares dañados por el ejercicio de la violencia, en estas escenificaciones lo mismo se juega con los lugares violentos, las personas violentadas y los énfasis para “detener” la violencia. También se juega con la condena a los violentos y la consagración de los cuerpos violentados hasta su elevación a condición de martirologio para justificar y promover prácticas saludables que exigen entrega y pago para liberar, excluir, mediatizar, someter o reivindicar los usos públicos y privados que se hace de la memoria-militante curativa de los cuerpos violentados.

De modo insistente y reincidente se señala que el cuerpo violentado es el receptáculo de los excesos humanos sintetizados en dos formas políticas de ejercer poder; totalitarismo y autoritarismo, pero también es espacio privilegiado donde los síntomas del sufrimiento y el dolor aparecen objetivados como objeto de uso intercambiable (Lira, 1984). Así que en el cuerpo-teorizado por la memoria-militante coexisten las acciones más siniestras y los actos heroicos de hombres enfrentados en una pugna de poderes, cuyas derivas se sintetizan en tragedias, evocaciones sublimes,

comedia y comicidad que encarna y da vida a las existencias. Si las memorias militantes tienen una expresión noble, la lucha a favor de las víctimas, también son una expresión violenta al utilizar la memoria-militante curativa para edificar cuerpos-objetos vendibles, en donde lo mismo se pone a la venta las marcas de la violencia en orificios, cerebros, manos, piernas, brazos, que sus historias heroicas sostienen en el mercado del sufriente pago y la regeneración social mediatizada por el martirio. De un lado las expresiones del martirio, de otro su privilegiado lugar simbólico en la lista de quienes resistieron algún poder hegemónico. El riesgo que enfrentan las memorias-militantes es terminar como meros instrumentos para obtener utilidad moral o comercial o también que deriven en aval para fortalecer lo que en discurso dicen combatir, el llamado mercado mundial y con ello justificar los usos que le dan a los “cuerpos curables” en nombre de la causa, la lucha, la preservación de la memoria-militante o la posibilidad de llegar a ser síntesis de la resistencia, identificado o usado como modelo curativo una mera imagen de salud, que se espera con la certeza de que nunca llegara.

En medio de una vasta producción de memorias-militantes, donde se insiste en la cura de los cuerpos violentados, hace falta el esfuerzo que permita identificar sus efectos sobre la condición interna de los grupos en resistencia. Así mismo resulta imperativo identificar los lugares simbólicos a los que arriban y ello porque la cura, como consigna orientadora para la acción, no es propiedad exclusiva de la memoria-militante, se hace presente en demasiados espacios sociales y se le atribuye demasiada importancia, se habla de ella en exceso sin dimensionar su lugar en la confrontación con los llamados poderes hegemónicos.

La cuestión de la cura sin duda es polémica por sí misma, tal vez insistimos demasiado en el tema porque alienta las esperanzas de grupos vulnerables o enfermos y porque desde ese lugar se edifica un poder al que debemos interrogar en lugar de aceptarlo sin resistencia, pareciera que hay un desvío para evadir la perspectiva estratégica y la identificación de asuntos relevantes en la lucha contra hegemónica a la que aspiran arribar los productores de memoria-militante.

CONCLUIR O INTRODUCIR

Me parece que el énfasis puesto aquí en torno a la diversificación de las memorias-militantes abre un abanico de pendientes, por ejemplo indagar si la lucha contra los discursos hegemónicos centrada en atender la violencia en tanto síntoma deriva en actos políticos de trascendencia, o indagar los lugares simbólicos a los que conducen las acciones programáticas de estas memorias-militantes. Mientras se evada enfrentar la diversificación y los pendientes que genera, estará presente la discusión sobre el lugar que ocupan en la producción de la memoria-militante las diferencias sociales, el dolor, la pasión, los vínculos afectivos, las condiciones espirituales y materiales de vida, los mundos amorosos, los ritmos de vida que enferman a unos y a otros curan y los temas inherentes en las sociedades occidentales; la insistencia en querer curar y enseñar.

Las prácticas sociales orientadas a curar y enseñar, aparecen cada vez que un nuevo enigma se presenta, ante la morbilidad de la violencia se pretende “enseñar” y con ello “curar” los modos de relación entre grupos o personas violentas o violentadas, ante el sufrimiento corporal se pretende curar al tiempo que se plantean estrategias preventivas que encuentran traducción en cursos y talleres con los que se espera “prevenir”, se opera y promueve una memoria-militante bajo estos dos encargos, como si tuvieran la capacidad de resolver las carencias de la condición humana.

Consideremos cualquier asunto calificado como confrontación entre poderes hegemónicos o resistentes; delincuencia, analfabetismo, pobreza, discapacidad, desempleo, atraso tecnológico, hambre u otros, ahora consideremos por un momento los modos comunes de enfrentarlos, ¿acaso las medidas que se toman no suelen ser acompañadas de estrategias terapéuticas o pedagógicas?, ambas herramientas se privilegian sobre cualquier otra vía, lo que importa es; bajos costos, rapidez y eficacia. Los absurdos llegan al extremo, suponer que la población no simpatiza con las memorias-militantes por defectos atribuibles a una mala educación o al padecimiento de una enfermedad mental, o también suponer que quien ejerce violencia y simpatiza con modos totalitarios o autoritarios para resolver conflictos, es porque tuvieron una educación carenciada y lo mejor que les puede ocurrir es someterse a métodos terapéuticos para su posible corrección.

La lista de eventos humanos que son considerados males sociales y que reducen las posibilidades de solución a la cura o la enseñanza, abarcan prácticamente la totalidad de la actividad humana. El mundo productivo, los sistemas de salud, la rehabilitación física, social y psíquica, la socialización, la organización social pareciera que requieren de modos de enseñar y curar, lo primero como forma de domesticar, lo segundo como estrategia correctiva, la producción de memoria entre militantes, cede acríticamente a la tentación y desliza la idea de una memoria con ocupaciones pedagógicas o curativas.

Lejos me encuentro de sugerir que el pensamiento crítico e histórico sea algo que está al margen de la tradición –escuela, familia, iglesia- o que curar es una actividad propia de los profesionales de la salud. Antes bien, sostengo que consideraciones como las que expreso aquí, obligan a la revisión de nuestras miradas sobre el tema de la memoria-militante, no tengo pretensión concluyente, el mundo bipolar dejó claramente ejemplificada la relatividad temporal de las presencias y ejercicios de poder. Pese a su temporalidad, estoy convencido que los totalitarismos y dictaduras se han transformado y ahora sus formas de hacerse presentes, apelan a los espacios más inmediatos en la vida social. No son los gobiernos los que encarnan estas lógicas de actuación de manera sistemática, demasiados ojos sobre ellos al menos ha logrado que operen con cierta cautela, ahora se encuentran instalados en instituciones cerradas donde se puede simular la democracia y operar de modo autoritario, sin que exista forma de sancionar los abusos, los guardianes de la memoria se encuentran en la inestable frontera de lo público y la tentación de privatizar el olvido, la justicia, el recuerdo y el perdón.

El mundo, la nación y lo local de alguna manera determinan la construcción de memoria, en ellos operan las hegemonías y se hacen presentes como ideologías dominantes, transformándose, encarnándose en expresiones sociales y socavando la resistencia y la disidencia de manera sutil, al grado de ser prácticamente imperceptible. A los poderes hegemónicos les interesa encontrar espacio entre los productores de memoria, incluidos los que enfrentan al Estado, alienta el memorial que reduce la realidad a consignas sobre el pasado y deforman el sentido de la lucha de quienes padecen violencia planificada, desaparición forzada, genocidio y eliminación de

población “prescindible”, quien no perciba que esto se encuentra presente entre los productores de memoria militante, se engaña y es útil para engañar a otros.

Si en el pasado, los regímenes dictatoriales y totalitarios eran los referentes para abordar los horrores contra la humanidad y se convirtieron en el referente que alentó diversas iniciativas en torno a la recuperación de memorias, en tanto se vivía un mundo bipolar, parece que hoy, la sobrevigilancia que se ejerce sobre los gobiernos nos hacen pensar en la necesidad de replantear los términos y los lugares teóricos desde los cuales nos acercamos al estudio de la memoria, así como a su relación con los discursos hegemónicos y contra hegemónicos.

Frente a un mundo cambiante que insiste en persuadir a la población para que asuma una “conducta adecuada”, hace falta insistir en una reflexión que retome la relación compleja entre la memoria promovida por los poderes hegemónicos y las derivadas de grupos contra hegemónicos, la idea es valorar el efecto que tienen todas estas producciones de memoria sobre los modos que hoy día se utilizan para construir mundos, ¿a quién le ha interesado indagar la relación entre la producción de memoria y el miedo generalizado en la población?, o la producción de memoria y la calificación dirigida a ciertos grupos sociales de terroristas, enemigos del Estado o profesionales de la violencia. Mientras tanto es evidente que la llamada sociedad civil ha cedido espacios públicos. Calles, plazas y centros de reunión han dejado de ser las geografías donde se ejercitaban las “libertades civiles”. Ninguna de las fórmulas revisadas aquí parece ser transitable para revertir las fórmulas que se utilizan para imponer miedo, despojar de las geografías rurales y urbanas a la población, desactivar cualquier iniciativa de organización y finalmente imponer aquello que suele nombrarse como prácticas hegemónicas. El reto es renovar las memorias militantes para conceder lugar a la crítica y revalorar sus tareas, abrirse a otras voces y replantear sus estrategias contra hegemónicas, o bien mirar los lugares que intentan edificar nuevos memoriales, más políticos, más autocríticos y sobre todo más propositivos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarado, V., Avendaño, C., Nava, M. y López, E. (2012). Proyectar el Futuro: Si las Condiciones están dadas, ¿Qué Luchas, qué Memoria y cuándo el Olvido? En Avendaño, C., Alvarado, V. y Nava, M. (2012), *Para Pensar la Disidencia y la Resistencia Social, Apuntes Psicosociales*, México: FES-Iztacala, UNAM.
- Arendt, H. (1998). *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Arfuch, L. (2010). *El Espacio Biográfico. Dilemas de la Subjetividad Contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Avendaño, C., Alvarado, V. (2012). Resistir y Disentir: Contra la Subversión del Desaparecido. En Avendaño, C., Alvarado, V. y Nava, M. (2012), *Para Pensar la Resistencia y la Disidencia Social. Apuntes Psicosociales*, México: FES-Iztacala UNAM.
- Barudy, J. (1980). Integración Crítica: Meta de una Terapia Liberadora en el Exilio Latinoamericano. En Barudy, J., Basaglia F., et al. (1980), *Así Buscamos Rehacernos. Represión, Exilio, Trabajo Psico-Social*. Lima: Ed. Colectivo Latinoamericano de Trabajo Psico-Social (Colat) y Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación.
- Calverio, P. (2006). Los usos políticos de la memoria. En Caetano, G. (Compilador), (2006). *Sujetos Sociales y Nuevas Formas de Protesta en la Historia Reciente de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 359-382.
- Calverio, P. (2012). Violencias de Estado. *La Guerra Antiterrorista y la Guerra contra el Crimen como Medios de Control Global*. México: Siglo XXI.
- Cerruti, G. y Raggio, S. (2004). El estado de la memoria. *Puentes*, 11, 4-7.
- Cordova, A. (1980). La Historia, Maestra de la Política. En Pereyra, Carlos, et al. (1980), *Historia ¿Para Qué?* México: Siglo XXI, pp. 129-144.
- Cox, H. (1968). *La Ciudad Secular, Secularización y Urbanización en una Perspectiva Teológica*. Barcelona: Ediciones Península.
- Cuesta, J. (1998). Memoria e historia: un estado de la cuestión. *Ayer*, 32, 203-225.
- Desroche, H. (1976). *Sociología de la Esperanza*. Barcelona: Herder.
- De Toledo, C. (2009). *Punks de Boutique. Confesiones de un Joven a Contracorriente*. Oaxaca: Almadía.
- Durkheim, E. (1976). *Educación como Socialización*. Salamanca: Sigueme.
- Florescano, E. (1998). De la memoria del poder, a la historia como explicación. En Pereyra, C. et al. *¿Historia para qué?* México: Siglo XXI.
- Garcés, G. (2001). "Un pueblo debe poder hacer frente a su pasado", entrevista a Tzvetan Todorov. En revista *Los Puentes de la Memoria*. Publicación trimestral del Centro de Estudios por la Memoria, Argentina, Julio, 2001. pp. 16-23.

- González, G. y Torres, C. (1981). *Sociología de la Educación, Corrientes Contemporáneas*. México: Centro de Estudios Educativos, A.C. (Colección Estudios Educativos), pp. 221-227.
- Gutiérrez, E. (1999). La disputa sobre el pasado. *Nueva sociedad*, 161, 159-173.
- Hyussen, A. (2002). *En Busca del Futuro Perdido. Cultura y Memoria en tiempos de Globalización*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Jaume, F. (2000). Estrategias Políticas y Usos del Pasado en las conmemoraciones de la Masacre de Margarita Belén 1996-1998. *Avá*, 2, 65-95.
- Jeilin, E. (2000). Memorias en conflicto. *Los Puentes de la Memoria*, Publicación trimestral del Centro de Estudios por la Memoria, Argentina, Agosto, pp. 6-17.
- Lander, E. (2000). ¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos. En Castro-Gómez, S. (coordinador) *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales y la Universidad Javeriana.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los Tiempos Hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Lira, E. (1984). La transformación de un Militante Político en Paciente Psiquiátrico: Discusión acerca de Distintos Enfoques Terapéuticos. En Lira E., Weinstein, E., et al. (1984), *Psicoterapia y Represión Política*. México: Siglo XXI.
- Lorenz, F. (2005). "Recuerden, argentinos": por una revisión de la vulgata procesista. *Entrepasados*, XIV (28), 65-82.
- Malusardi, M. (2003). Los conjuros contra el horror. *Puentes*, 10, 48-51.
- Portelli, A. (2003). Memoria e identidad. Una reflexión acerca de la Italia Posfascista. En Jelin, E. y Langland, V. (comps), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XIX.
- Ricoeur, P. (2000). *La Memoria, La Historia, El Olvido*. México: Fondo de Cultura Económica. epílogo el perdón difícil, pp. 583-648.
- Sotelo, A. (2000). *Neoliberalismo y educación. La huelga en la UNAM a finales de siglo*. México: Ediciones Caballito.
- Tenembaum, M. (2003). Memorias de la resistencia. *Puentes*, 10, 26-29.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Paidós Astéraco.
- Vélez, A., Guevara, G., Pescador, J. y González, J. (1984). *Perspectivas de la Educación Superior en México*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Vezzetti, H. (2007). *La memoria justa: política e historia*, presentada en el Coloquio Internacional "Problemas de Historia Reciente en el Cono Sur Los Polvorines, 24-26 de octubre de 2007. Recuperado de: www.riehr.com.ar/investigacion.php

- Vecchioli, V. (2013). Las Víctimas del Terrorismo de Estado y la Gestión del Pasado Reciente en Argentina. *Papeles del CIEC*, 1 (90), 1-30.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Peninsular.
- Zaretsky, Eli. (1976). *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*. Barcelona: Anagrama.
- Zizek, S. (2011). *Primero como tragedia después como farsa*. Madrid: Akal.